

Abbruzzes, ó que se cofinase en el claustro con su nieta, la condesa, de acuerdo con Salucio y Regina, partió secretamente para los Abbruzzes. A Regina, á quien estaba severamente prohibida en lo de adelante toda comunicacion con el exterior, se le advirtió que se preparase á entrar en la dominacion y en la casa del príncipe, tan pronto como llegara. Puede juzgarse, segun la energía y la indomable fuerza de su carácter, los dolores que debió sentir, la repulsion y la cólera, viéndose reducida á sacrificar á la vez, á su abuela, Clotilde, á Salucio, su libertad, su memoria, su amor, en el mismo sacrificio de sí misma. Escribió, por conducto de su nodriza, á Salucio, estas cuatro palabras: "O la fuga ó la muerte, antes que llegue el día que me separe para siempre de tí."

Aquel día se aproximaba. Habia llegado el príncipe de \*\*\*. No solicitaba aún el ver á la princesa. Deliberaba con sus amigos del gobierno, sobre el medio de conducir por la dulzura y por la contemporizacion, á la obediencia á aquella niña rebelde. Fué informado de ello Salucio. Resolvió aprovecharse del momento de indecision del príncipe para sustraer á Regina de una tiranía que le causaba mas temor que el puñal.

## XXVII.

Salucio se procuró sucesivamente, y sin que pudiese observarse su acumulacion en el mismo jardin, cuatro ó cinco de esas ligeras escalas de madera, de que se sirven los jardineros de Italia para cortar las cepas de las viñas y para recoger los racimos de los pámpanos enlazados y suspendidos á la estremidad de las ramas de los mas elevados álamos. Las deshizo; colocó aparte los escalones; unió las varas con fuertes cuerdas y construyó una escala ligera, sólida y manuable, con cuyo auxilio podia llegar hasta la altura del muro. Terminado aquel trabajo, advirtió

á Regina, por conducto del hermano de la nodriza, que á la noche siguiente, despues que se hubiese la luna ocultado, encontraria en la capilla, al lado de la tumba de su hermana, la libertad, en el mismo lugar donde habia hallado el amor y la vida.

Ayudado por el jardinero y por el hermano de la nodriza, cuyo silencio y complicidad habia comprado á fuerza de oro, á la hora fija subió al muro, en seguida la escala; la deslizó hasta el pié en la calle de cipreses del convento, descendió, se introdujo en la capilla, y encontró á Regina y á la nodriza, hizo que pasaran el muro de la misma manera que lo habia hecho él, y dejó á sus dos cómplices, con el objeto de que antes de retirarse destruyesen la escala y todas las señales del rapto en el jardin del complaciente transteverino. Uno de esos carruages pequeños de los paisanos romanos, cubierto con unos arcos de madera forrados de tela para preservarlos del sol, los esperaba en el patio de la casa del hermano de la nodriza de Regina. Un vigoroso caballo salvaje de los pantanos Pontinos, comprado con anticipacion por Salucio, se hallaba enganchado al carruage. Regina se despojó de sus vestidos de seda, se puso el vestido de lana de una de las sobrinas de su nodriza. Salucio se hallaba vestido con su trage romano y su capa de lana oscura. Llevaba sus zapatos con zuelas de madera y sus polainas de cuero negro, como los paisanos del campo de la Sabina. Habia dos fusiles y un trabuco cargado hasta la boca, en el asiento de la carreta, cubiertos con la paja.

Los fugitivos, acompañados únicamente de la nodriza, tomaron á las cuatro de la mañana el camino de las montañas, procurando seguir los menos frecuentados. Gracias al vigor del caballo, llegaron en la noche siguiente á la residencia de la condesa Livia. Esta, que los esperaba, no perdió un instante ni se detuvo gozando de la presencia de su nieta. Todo lo habia preparado para la huida. Una falúa española, fletada por su *fattore*, esperaba sus órdenes en Gaeta. Se dirigieron á aquel punto á la mañana siguiente, y se embarcaron para Génova, donde

la condesa habia advertido á su banquero que le tuviese preparado oro, un carruage y un correo.

La despedida de Regina y de Salucio, al separarse de las dos libres fugitivas, no fué mas que un corto aplazamiento de su reunion y de su felicidad. Debian juntarse seis semanas despues en Paris. Mas como la huida de Regina habria pasado por un raptó, si el nombre de Salucio se hubiese mezclado en ella, éste resolvió volver atrevidamente á Roma como si no hubiese salido, y encontrarse con afectacion en los lugares públicos y en el teatro, y desmentir de esa manera con su presencia cualesquiera participacion en el suceso de que iba el público á ocuparse.

XXVIII.

Volvió, pues, á Roma por el mismo camino y con el propio traje con que habia asegurado el raptó de Regina; pero al llegar por la noche á la casa del hermano de la nodriza, encontró en el patio una banda de *esbirros* que lo esperaban, y que se apoderaron de él antes que le fuese posible ni aun siquiera sospechar su presencia. Ya las cartas de Regina y todas las pruebas de la participacion de Salucio en el raptó de la princesa estaban en manos de los *esbirros*. Lo condujeron al palacio del *Buon Governo* ó de la policia, y despues de un corto y secreto interrogatorio, fué encerrado en el castillo de Sant-Angelo, como un criminal de Estado.

Desde aquella prision, y por medio de un oficial subalterno de la guarnicion suiza del castillo, logró dirigir á la condesa y á su hija á Génova, la carta que me habian entregado.

XXIX.

Me reuní en el *Pont-de-Pany* con la princesa y su abuela, dispuesto á acompañarlas á cualesquiera parte donde la asistencia de un amigo de Salucio pudiese protegerlas contra su aislamiento. Despues de un momento de deliberacion con ellas, quedaron persuadidas de que su permanencia en Paris á la vista del nuncio y bajo la accion del gobierno, ligado por relaciones de deferencia política y religiosa con la corte de Roma, tenia algunos inconvenientes y aun peligros. Resolvieron, segun mi opinion, salir de Francia y dirigirse á Génova por el camino de Dijon. En aquella ciudad neutral mas próxima á Italia, por el Simplon y Milán, podian con mas seguridad enviar mensajeros confidentiales á Roma, y recibir y aguardar con mas aislamiento y sin temor la libertad de Salucio y las consecuencias del proceso, que habian decidido sostener ante los jueces romanos, para contestar la validez del matrimonio y recobrar su independencia.

Tomamos, pues, juntos el camino de Génova, á donde llegamos sin el menor accidente.

Me ocupé, segun sus deseos, tan pronto como llegamos, de buscarles á las orillas del lago una casa modesta, solitaria y agradable, donde aquellas dos mugeres, que querian vivir desconocidas, pudiesen pasar el tiempo mas ó menos prolongado de su destierro. No la encontré sino á alguna distancia de Génova, en las inmediaciones de la pequeña y preciosa ciudad de Nyons. Consistia en dos ó tres piezas en el piso bajo, que comunicaban con un prado plantado de tilos y algunos cuartos en el primer piso para la condesa Livia, su nieta, la nodriza y las dos criadas que les habia yo buscado en Nyons para que les sirviesen. Un cuarto pequeño, cuyas paredes eran de

madera de abeto, colocado sobre la casucha del jardinero y separado de los aposentos principales por un vergel, me servia de habitacion, y aunque pobre en la apariencia, era deliciosa. El vergel se confundia del lado opuesto al lago, con un bosque de castaños sembrados por todas partes de senderos naturales de arena, por los que podia llegarse hasta las montañas. Una corriente que bajaba por un cañon de abeto, y saliendo por una llave de cobre caia noche y dia, con un ruido modulado de diversa manera segun el viento, en un pilar de piedra donde llegaban á beber las vacas y los pájaros. Ante la fachada de la casa de la princesa, una columnata de troncos de pinabetes cortados y trasplantados en la tierra con sus cortezas, se adelantaba á distancia de algunos pasos en la arena de una calle y cubria una especie de sofá formado por un áspero tronco, á donde se colocaban los cojines del salon, y en el que la condesa Livia pasaba todas las horas templadas del dia con la nodriza. El terreno sembrado, que se inclinaba por medio de un suave declive, un poco mas lejos y cuyo horizonte no se hallaba interceptado mas que por dos ó tres hermosos fresnos, siempre verdes y copados, que parecian salir de las olas del lago. Mas allá de los fresnos, el declive se precipitaba é iba á morir en los pedregales de la orilla, cuyas piedras agitaban las olas cuando hacia viento, escuchándose el ruido de los niños que jugaban con ellas. Habia un poco mas lejos, al pié de un inmenso sauce blanco, un banco de césped colocado entre las raices del árbol, desde el cual se distinguian al frente y á la izquierda Lausaune, Vevey, Villeneuve, Saint-Gingo, las gargantas del Valais y las innumerables cimas blancas de las nieves eternas que sirven como de gradas al Mont-Blanc. Regina conversaba sin cesar, preguntándome el nombre de esta montaña, despues de aquella, despues de la otra, y si del otro lado de aquella nieve se hallaba Italia; si se percibia Roma desde lo alto de aquellas cumbres y cuántos dias y horas habria de camino, corriendo siempre desde el pié de aquellos montes hasta la puerta del pue-

blo. Se veía que su pensamiento no se hallaba quieto un solo instante en aquella deliciosa morada, y que su alma recorria aquellas alturas, con mas velocidad que esos rayos rosados sobre la nieve, para ir á fijarse con una continua aspiracion, en los ennegrecidos muros del castillo de Sant-Angelo. No era seria la inquietud que sentia por la suerte de Salucio, protegido por su cualidad de extranjero contra las sevicias que hubieran podido alcanzar á un romano; pero probaba esa impaciencia de la juventud que cuenta por siglos infinitos, los minutos perdidos para la pasion.

Ni aun siquiera traté de consolarla, supuesto que yo mismo me hallaba inconsolable con otra ausencia; sabia yo por experiencia, y demasiado precoz, que el papel de consolador importuno, intempestivo, odioso, mientras que el dolor no quiere olvidarse á sí mismo, no llega á ser agradable y dulce sino despues que se ha amortiguado el sentimiento y corre al encuentro del consuelo. Vivía yo lejos de ella lo mas que me era posible, dejándola entregada á su propia voluntad, á sus sueños, á su soledad y á sus lágrimas; vagando una parte del dia por las gargantas del Jura, leyendo, escribiendo en diversos lugares algunos versos sobre las escenas deslumbradoras que tenia sin cesar á la vista, concurriendo con asiduidad, solamente por la noche, al lado de la pobre condesa Livia, cuyas fastidiosas horas trataba de distraer.

Me hice amar así de Regina con una amistad familiar y confiada, mucho mas que si yo hubiese puesto en mis continuas relaciones con ella, un apresuramiento y una complacencia servil que su belleza y su bondad habrian podido inspirar á otros. No puedo decir que no me hallase deslumbrado con una belleza á la que ninguna de las que habia visto hasta entonces en Europa podia comparársele. Miraba yo á aquella jóven como se ve una llama en los matorrales, durante el estío, admirando las luces del fuego, pero sin recibir el menor calor. Regina no pensaba en que yo era jóven; no sabia si era yo hermoso ó feo, hecho

para rechazar ó atraer las miradas; todo lo que ella sabia se limitaba á que yo era el amigo de Salucio. Ese título le quitaba toda especie de timidez. Le parecia que habia vivido íntimamente conmigo desde que habia conocido á Clotilde y amado á su hermano.

XXX.

Habia informado á Salucio, por medio de un oficial suizo, conocido mio en Roma, de la residencia que habia escogido para Regina y para su madre durante su forzada estancia en ella. Nos contestaba por el mismo conducto. Ignoraba lo que decia á Regina en sus cartas; yo veia que las leia repetidas veces durante el dia, tan pronto con estremecimientos de alegría y de esperanza en el jardín, como con movimientos de cólera que parecian dirigirse al papel y que hacian algunas veces que lo arrojase al suelo y lo patease. Leia yo en sus miradas y en sus medias palabras en la mesa, que ella lo encontraba demasiado resignado á la separacion y muy convencido de las consideraciones que su misma ternura imponian á su amante por su reputacion y su porvenir. ¿Qué le importaban á ella su reputacion y su porvenir? Todo lo veia en él. Pero Salucio, que habia vivido mucho tiempo en Inglaterra, conservaba aún en el amor, alguna cosa de la sangre fria, de la delicada reserva y del sentimiento casi religioso de las conveniencias que distinguen á esa sociedad arreglada y de buen sentido. Era evidente que no queria á ningun precio, ni aun al de su vida, sacrificar el honor, el porvenir y la fortuna de Regina á su propia felicidad, si el juicio de nulidad del matrimonio, perdido por su apoderado, llegaba á restituir la princesa á su marido. Yo veia confusamente alguna cosa de esa delicadeza, tal vez un poco tardía de su parte, en las cortas y tristes palabras que recibia yo bajo la cubierta de las intermi-

nables cartas que dirigia á Regina y á la condesa. Mas las de los apoderados, agentes y amigos de Livia, no dejaban la menor duda sobre la pronta anulacion del matrimonio. Nada se opondria entonces á que Salucio recobrase su libertad, y que recibiese á Regina de las propias manos de una abuela que lo veia con anticipacion como á su hijo.

Habia, pues, esas constantes alteraciones de loca alegría y de profunda tristeza en las facciones de Regina, segun el correo de Roma, dirigido á Nyons, por un banquero de Génova, traia la esperanza ó el terror á aquellos dos corazones. Los dias de alegría, Regina queria correr toda la mañana conmigo por las arenas del lago para manifestar su embriaguez á toda aquella hermosa naturaleza. Los dias de tristeza huia de mí y me miraba con ceño, como si yo hubiese sido culpable de las tergiversaciones de la suerte y de los escrúpulos y delicadeza de su amante. Seguia yo aquellos caprichos, sin contradecirlos, y compadeciéndolos en el fondo de mi corazon. Cuando la pasion es justa, no es pasion. A la mañana siguiente se escusaba de su injusticia para conmigo, por medio de las mas vivas familiaridades. Soportaba todo esto como si lo hubiera soportado de una hermana, porque comenzaba á tener el presentimiento de alguna desgracia para ella. La trataba como se debe tratar á los desgraciados, á los enfermos y á los niños, que no son responsables de sus sensaciones. Las suyas se hacian tumultuosas como el aire cargado de dudas que comenzaba á pesar sobre ellas. El juicio debia terminarse dentro de algunas semanas: tardaba la correspondencia.

XXXI.

El banquero de Génova me advirtió en secreto que tenia que entregarme personalmente una carta, y que le estaba prohibido

confiarla á otra persona. Tomé un pretexto para dirigirme á Génova, con objeto que Regina y su madre no pudiesen sospechar el motivo de mi viage. Habiendo llegado, corrí á la casa del banquero. Me entregó un paquete voluminoso de Roma. Tomé el camino de Nyons y abrí el paquete. Contenia una larga carta en cinco ó seis fojas para mí, y otra mas corta para Regina. No debia entregar esta última sino con preparacion y cuidado, y despues de haber tomado conocimiento de la que se me dirigia. Yo me hallaba solo en uno de esos carritos suizos que habia tomado en Nyons. Leí la mia sin que nadie me distrajese. He aquí algunos de sus párrafos:

DECIMAOCTAVA CARTA DE SALUCIO.

“ROMA, *Palazzo*. . . . .

“He cumplido con mi deber, amigo mio, pero conozco que lo he hecho con riesgo de mi existencia. No importa; he cumplido con mi deber, y mi conciencia aprueba lo hecho, á pesar del tormento de mi corazon. Parece que hay en mí dos existencias, de las que una ha sido el verdugo y la otra la víctima. Todo está concluido, Regina es libre; puede ahora volver á Roma con la pobre condesa, entrar en el palacio ó en las posesiones de su abuela; viajar ó vivir en su patria, sin ser reclamada, obligada, ni inquietada en su independenciam por el príncipe. Una palabra de mi boca ha reconquistado su nombre, su libertad, su fortuna y su patria. ¿Podia yo vacilar por mas tiempo en pronunciar esa palabra? Apelo á tu rectitud. ¡Pronuncia! . . . . Pero no, no pronuncies, porque lo hecho no puede ya cambiarse. Yo mismo he fallado, y si me arrepintiese un solo minuto de la sentencia que he pronunciado contra mí mismo, seria el mas

cobarde y mas egoista de los hombres. Quiero morir en fuerza de mi dolor, pero no de vergüenza!

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

“La víspera de la decision del proceso de la princesa, mis agentes recibieron proposiciones de los del príncipe de \*\*\*. Viñieron por la noche á trasmitírmelas, acompañados de un miembro influente del gobierno. He aquí las palabras que me dirigieron en nombre de la parte contraria:

“El proceso de la princesa de \*\*\*, cuya única causa sois vos, en el que va á aparecer vuestro nombre, y en el que será invocado vuestro testimonio de hombre de honor, debe decidirse mañana. No podemos negar que á pesar de nuestros esfuerzos, no podemos ver ese juicio sin terror. Los precedentes, las costumbres, los jueces, las principales familias de Roma, vuestra cualidad de extranjero, todo depone contra vos, ó mas bien, contra la princesa y su abuela. Seremos condenados. La sentencia será el convento perpetuo para esa jóven que adorais, ó el destierro sin esperanza de volver á Roma, con la pérdida de todos sus bienes en Italia. Vos la amais, debemos advertiroslo. Esta es la suerte que preparais á vuestro amor. ¡Reflexionad! No queremos hablaros de las manchas con que va á empañarse el nombre de esa niña de diez y seis años, por las revelaciones y testimonios de dos hombres del pueblo, que han tenido participio en en el rapto, y que expian su complacencia por vos, en la prision. Ese nombre va á ser mañana arrojado con escándalo en Roma, y necesariamente en Europa. Tiene, como os lo hemos dicho, diez y seis años: reflexionad cuántos le quedan para sufrir su proscripcion y sus humillaciones ante todo el mundo.

“El dolor, la huida y los climas estrangeros, van á destruir bien pronto en las lágrimas la poca vida que le queda á su abuela. ¿Qué porvenir se presenta á una jóven tan hermosa, con el nombre que lleva, y á su edad? ¿Vos la protegereis, os casareis con ella, decís? Mas ¿lo habeis pensado bien? ¿En qué pais, y bajo qué comunión consagrará un magistrado ó un sacerdote el matrimonio de una muger cuya primera union haya sido declarada válida, por los tribunales de su misma patria? ¿Y si la princesa Regina no puede ser jamas vuestra esposa, con qué nombre os uniriais á ella? . . . ¿Quién recibiria en su casa á una muger que no puede ser esposa y que os atreveriais á presentar como concubina? . . . Pensad en ella y no en vos. En cuanto á nosotros, nos es imposible dejar de estremecernos con el nombre que la sentencia de un juez prevenido y la casualidad de un juicio, van á dar mañana á la muger que amais mas que vuestra vida!

“En la irresolucion que las opiniones enunciadas con bastante claridad por los principales jueces del negocio nos han colocado hace dos dias, hemos recibido proposiciones de los agentes encargados de sostener la causa del príncipe. Este, como lo sabeis, no quiere, ni ha querido, al contraer ese matrimonio, mas que la fortuna de la princesa, asegurada, despues de su muerte, en sus descendientes. Su edad y sus enfermedades lo hacen insensible á la posesion de una jóven. No puede ver sin repugnancia y sin remordimientos la triste necesidad en que lo coloca la terminacion del proceso, de deshorrar públicamente á una jóven que lleva su nombre, y que independientemente de ese título, se halla ligada á su familia por los lazos del parentesco. No puede vacilar en proseguir el negocio, si persistís en colocaros entre Regina y él; mas si desapareceis del proceso, no le quedará por contrario mas que una niña que compadece y respeta: correrá el velo de la indulgencia de un padre sobre todo, consentirá en no revindicar jamas la residencia de su muger en su palacio, y le dejará la disposicion de su fortuna personal, y no exigirá

otra cosa mas que continúe llevando su nombre en la casa de su abuela, y que se separe del que ha colocado una duda sobre su opinion y dado un pretesto á la pública maledicencia. Los cómplices en el rapto serán puestos en libertad tan pronto como el príncipe haya retirado su acusacion. En cuanto á vos, no os pide mas que os alejeis de Roma, por precio del sacrificio completo que hace de sus derechos y sentimientos. Roma verá, dice él, cuál es el mas generoso y verdadero amigo de esa niña; su pretendido tirano, que conserva su honor y le vuelve la posesion de sí misma, ó el jóven estrangero que sacrifica á su amor la persona amada.

“Despues de haberme dirigido este largo discurso, se retiraron. Me suplicaron que reflexionara solo y sin la menor influencia estraña, en lo que me imponia mi deber y en las proposiciones del príncipe y del gobierno. . . .

“No he reflexionado; he gritado en fuerza de mi dolor, precipitándome en el enlosado de mi prision. . . . Tenia dos vidas en mis manos, la de Regina y la mia; he sacrificado la mia! . . . ¡Que me acuse, que me odie! ¡que me maldiga! ¡no importa! Tú me conoces; cuando el deber me señala un camino, aun á pesar de la muerte, del fuego. . . . lo sigo!

“A la hora en que recibas esta, habré salido de Roma. Regina puede entrar ya en la ciudad. Su familia y la sociedad la recibirán como debe ser recibida. Será la dueña de su vida, la gracia de la casa de su abuela y el ídolo de ese pais de la belleza. ¡Que me olvide! ¡Clotilde misma es quien se lo manda por mi voz! Tal vez un dia! . . .

“Parto pasado mañana para España, donde voy á entrar de nuevo en el servicio en mi regimiento de la guardia real, de que

es coronel un tío mio. No tiene otro pariente, me llama á su lado y es padre de una jóven, su hija única; sé que alimenta proyectos de union de la familia. Yo no podria amar á persona alguna, despues de haber amado á la que la naturaleza ha dotado de inimitables perfecciones, y que no tiene igual sobre la tierra. Me embarcaré para las Filipinas, iré hasta donde el nombre de Europa no vaya á perseguirme. Se perderán mis huellas en el universo. No pienses ya en mí; mas piensa en Regina, yo te lo suplico, y no la abandones, ni á la condesa, en tierra estrangera hasta que los dos hermanos de su madre, que parten mañana para conducir las á Roma, hayan llegado á Génova. . . . .

“Te remito tres cartas para ella.

“No le entregues la última, mi última despedida, sino hasta que la hayas suficientemente preparado al golpe que le doy para salvarla!

“Escribeme cuatro letras á Madrid, cuando ella haya recobrado la calma, y dime que no me maldice eternamente.”

El resto de la carta contenia infinitas recomendaciones sobre la manera con que debia yo manejar para evitar un golpe demasiado súbito á *Regina*.

XXXII.

No pude dejar de aprobar la conducta de Salucio, deplorando al mismo tiempo la fatal necesidad que lo habia impelido á hacer sufrir al corazon de Regina, inmolando el suyo. El no lo habia consultado. ¿Quién sabe si ella no habria preferido mil veces el destierro con él, á la libertad y á la fortuna separada de Salucio? El deber que tan cruelmente cumplia, era pues, arbitrario. Se hacia á la vez juez y sacrificador, sin interrogar

á la víctima. Y sin embargo, aquel sacrificio habia sido impuesto por la delicadeza, el honor, la virtud, y aun el amor. Mi razon se turbaba y se estraviaba ante semejante situacion.

XXXIII.

Cuando llegué á Nyons, mi rostro se hallaba tan trastornado por la horrible revelacion que tenia que hacer, que no tuve necesidad de hablar. Las mugeres que aman, tienen una vista que todo lo descubre. Antes que yo hubiese pronunciado una palabra, Regina lo sabia todo! . . . . . Traté de negar, de prolongar la incertidumbre, de decir que no habia encontrado cartas en Génova, y que volveria á la mañana siguiente para esperar el correo de Roma. Mi fisonomía mentia. No pude engañar á Regina ni por un instante. La fria razon que habia encontrado, hacia algun tiempo, en las espresiones de Salucio, la habian advertido. Se arrojó sobre mí, para buscar en mi vestido el paquete que me obstinaba en ocultarle. Se apoderó de él y leyó únicamente la primera línea de mi carta, y á estas palabras: *¡He cumplido con mi deber!* arrojó un grito de indignacion y de cólera, con una vibracion semejante al rugido de una leona! *¡Vilta!* exclamó arrojando la carta que le dirigia Salucio, sin abrirla siquiera. “Contéstale sus despedidas, me dijo en italiano; no quiero nada de él, ni aun siquiera el sacrificio de su vida á la mia. ¿Acaso le pertenezco para que me sacrifique con el mismo golpe que él se sacrifica? ¡Crueldad y cobardía! ¡Cobardía y crueldad! exclamaba pisoteando las cartas por la arena y el lodo; ¡crueldad y cobardía! de las que no quiero ver una imágen ni una huella á mi rededor! ¡No, no! no era él digno de un latido del corazon de una romana! Que vaya á amar á las mugeres formadas de nieve y de espumas del mar de su pais! ¡Nada quiero de él, ni aun su nombre, me dijo lanzándome una mirada imperiosa y soberbia que no admitia réplica.”